

Lunes 2 de Agosto de 1920

NO SON TODOS LOS QUE ESTAN ...

Ayer, cuando las sombras de la noche caían sobre la ciudad, apagando los últimos clamores del desfile alessandrista, penetré en los oscuros y derruidos patios de la Casa de Orates.

Me impulsaba un deber de caridad. Acababa de recibir, en un trocito de papel de diario, escrito en caracteres casi ininteligibles, cuatro letras de mi amigo el naturalista Flores.

El pobre, en términos desesperados, protestaba de su internación en ese establecimiento, y la atribuía a móviles políticos.

Reconocía, sí, que un día, tratando de comprender cierta disertación, un poco abstrusa, del señor Alessandri, sobre la forma en que debía interpretarse la Carta Fundamental para reemplazar al Congreso Pleno por un Tribunal de Honor, sintió que le fallaba algo al cerebro; pero este accidente momentáneo, que provocó el exámen médico del doctor señor Gandulfo, que por casualidad se hallaba allí, al lado del candidato, no era motivo suficiente - como decía desesperadamente mi amigo - para que, "contra toda ley, contra toda justicia, contra todo sentimiento humanitario", se le arrastrara al manicomio.

"Soy una víctima de la política y del sectarismo - agregaba.- Saben que, a pesar de mi amistad con don Arturo, soy "barrista", y por eso se ensañan, me incomunican, me secuestran! ¡Sálveme usted! ¡Proteste por la prensa! ¡Desenmascare esta infamia!"

Entré, realmente, indignado.

Acaso en esos instantes, mi amigo, el pobre Flores, se debatiría inutilmente entre los pliegues de una camisa de fuerza. ¡El, un hombre de ciencia, un estudioso, ajeno a la política y a sus apasionamientos! ¡Qué injusticia!

Pontificia Universidad Católica de Chile

¡Cosa extraña! En una de las salitas que dan al segundo patio, tranquilo, bajo el trágico uniforme de rayas negras y blancas, con la rapada cabeza inclinada sobre unos manuscritos, el naturalista leía, contraído y absorto en el estudio.

Ni un gesto, ni un ademán de desesperación, al acercarme. Con una serenidad que contrastaba con la angustiada redacción de su carta, me saludó afablemente.

-Siento haberlo molestado, haciéndolo venir aquí - me dijo. ¡Ya es inútil! Yo mismo me he convencido. El doctor Gandulfo tiene razón: estoy loco.

Y como lo mirara con profunda pena, sin saber qué decirle, agregó:

-Todo está ya perdido. Esta misma obra - y señalé con ojos llenos de lágrimas el manuscrito - no me atreveré ya a publicarla. Mis ideas no me inspiran confianza, Hasta ayer - usted y los demás amigos lo saben perfectamente - creía que mi "Tratado sobre el León" era la obra más completa de Historia Natural que se había producido en el país... Lea usted todo este conjunto de datos y detalles de las más variadas fuentes que he logrado recoger e impóngase por sí mismo...

Miré entonces nerviosamente el manuscrito y leí algunos párrafos. En la página primera, a guisa de epígrafe, aparecía escrito un dístico, que recordé haber leído entre los mote de una manifestación unionista.

"Noticia sensacional:
El león es un animal"

Y a continuación venían una serie de anotaciones, breves y precisas:

"El león chileno huye de los perros y no se ensaña sino con los ganados menores".- Padre Ovalle.

"El león ataca a las mulas".- Rivera.

"El león tiene garras".- Villanueva.

"El león tiene cola".- Barros.

¿A qué seguir leyendo? Aquello no tenía novedad, ni merecía ser estampado en un texto moderno de esa especie.

El naturalista Flores debió notar mi decepción, pues se apresuró a tomar las hojas y a arrojarlas, con ademán triste, al canasto.

-¿No le decía a usted? Mis ideas han fallado. Estoy loco de remate. Esta tarde, pocos minutos después de haberle escrito, tuve una alucinación horrible. Me encontraba allí, en esa ventana, cogido a los barrotes y forcejeando por huir, cuando pasó ante mí un desfile mortuario.

Era largo, interminable, con banderas y estandartes, seguidos de una multitud de hombres y mujeres... Y ¡qué horror! - ¡aún tiemblo al recordarlo! - muchos de los acompañantes iban muertos!

Inútilmente quise volver a la realidad y recordar con precisión los hechos. Yo sabía que el día antes, el candidato aliancista había recibido un telegrama de Castro, que le causó súbita muerte; recordaba que ese día debían enterrarlo con numeroso acompañamiento popular; y, ¡oh cosa horrible!, sin embargo, el señor Alessandri iba adelante, a pié, sin carroza fúnebre, como si realmente fuera vivo...

¿No es ésta, la más escalofriante alucinación de los sentidos? Yo proseguía, sin embargo, aferrado a la reja. Pasó entonces un estandarte de la Federación de Estudiantes. ¿No murió también hace días la Federación? Pues bien, los muertos, sí, amigo mío; los muertos, todos los federados - no sé cuántos - seguían el cortejo y llevaban flores y coronas.

Pregunté si las llevaban para colocarlas en el túmulo del candidato, y figúrese usted - ¡cómo estarán de alterados mis sentidos! - que creí oír claramente que eran para depositarlas en las tumbas de O'Higgins y San Martín!

¿Se imagina una respuesta más absurda? Esos padres de la patria están mucho menos muertos como próceres que el señor Alessandri como Presidente, y sin embargo, a ellos y no a él, les llevaban las coronas...

¡Y yo he visto estas cosas, o por lo menos he creído verlas con mis propios ojos! ¿No es esto haber perdido la razón? El doctor Gandulfo ha dicho la verdad. ¡Estoy loco de remate! ¡Retírese usted pronto porque puede acometerme el delirio y estrangularme sin querer! ¡Váyase luego!

Salí profundamente conmovido. A lo lejos, aún se oían los acordes de las bandas que acompañaban al cortejo fúnebre, y una duda punzante se clavó en mi cerebro. ¿El naturalista Flores estaría realmente loco?